

Vicente Blasco Ibáñez, el formidable autor de *La barraca*, *La horda* y *Flor de mayo* y tantas otras novelas, orgullo de la literatura actual, empezó a escribir muy joven: cuando estudiaba en Valencia, su ciudad natal, el segundo año de Derecho. Admiraba a Walter Scott y a Dumas, padre; pero su ídolo era Fernández y González. A esta devoción se debe su obra primera, una novela histórica titulada *El conde Garcí-Fernández: crónica del siglo X*.

Atraído por el de la villa y corte, decidió trasladarse a ella, en donde entró dueño de veinte duros, hurtados con simpática osadía a su madre. Los comienzos del que había de ser nuestro eminente de la novela tuvieron poco de fastuosos. Vivía en una casa de la calle Mesón de Paños, calle escondida, silenciosa y olvidada en el centro de esta capital, y pagaba por dormir «dos reales diarios».

El dinero escaseaba y la gloria no venía... ¡Tragedia inefable la del soñador que bosteza entre temblores de té y de apetito!... Pero Blasco estaba decidido a todo, incluso a soportar el hambre, antes que volver a la casa paterna vencido, oscuro y sin gallardía. Y pasó hambre. Con noble altivez lo ha declarado: «Pasé hambre –dice reflejando palabras suyas El bachiller Corchuelo en su notable libro *Domadores del éxito*–; y fue tanta, que una tarde al volver del Campo del Moro, no pude subir una cuesta que había, sin detenerme a descansar varias veces, porque me sentía morir de inanición»...

Oíd esto, simpáticos visionarios, novicios de la literatura, que suspiráis lejos de Madrid, creyéndos derrotados antes de luchar, porque os falta la fe, porque os abandona la esperanza. Oíd... y no desmayéis.

Blasco pudo realizar en aquella época su aspiración más ferviente: conocer a Fernández y González, el novelista famoso un día. Ocurrió ello en el Café de Zaragoza, hoy suplantado, ¡oh, progreso feroz!, por un tupi. El autor de *Los monjes de las Alpujarras* estaba ya, como ahora nuestro gran Galdós, casi ciego. «Sentado –dice Blasco Ibáñez– y oyéndole renegar de toda la generación nueva de entonces, parecía un león. Yo me presenté a él diciéndole que mi admiración y mi cariño me habían tentado a conocerle y hablarle. Y aquel león, de quien nadie se acordaba,

agradecía mis palabras muy conmovido. Fui su contertulio; él me recomendó a sus editores...

Cuando se cansaba de morder a todo el mundo se retiraba al café. Por las noches yo me iba a su casa con él. Era un hombre teatral, aparatoso, fantástico, mucho más fantástico que Dumas, padre. ¡Ya lo creo! Algunas veces, camino de su casa, me convidaba. En su casa pasábamos la noche escribiendo. Él me dictaba hasta que le rendía el sueño, y entonces, dando cabezadas y bostezos, me decía: “Bueno, Blasquito, continúa tú el capítulo... Ya sabes: la condesa se desmaya, el otro la roba y él...”. Y se quedaba dormido como un santo. Yo seguía escribiendo...».

De este modo colaboró Blasco Ibáñez en *La chula sensible* y en *El mocito de la Fuentecilla*... ¿Oís, provincianos amigos?

El aprendiz de literato, que pasó hambre, tiene una finca encantadora, La Malvarrosa, y es universalmente afamado; el amanuense discípulo ha superado al maestro. No desalentaos, pues; y como dice el famoso conde de Montecristo al cabo de las mil peripecias de su venganza: «confiad y esperad»...

E. Ramírez Ángel